

LA FORMACIÓN DE LA AFECTIVIDAD

Ayer hablábamos del celibato y de sus razones de elevada conveniencia para hacer de la vida sacerdotal un signo de Amor y de entrega esponsales. Pero parece necesario añadir alguna consideración sobre la característica relacionalidad del presbítero: porque detenerse en la pura contemplación de las razones místicas sin descender a dar respuesta a las necesidades imperiosas y radicales que pueden presentarse a quien renuncia a los amores para servir al Amor sería tan inauténtico como inhumano. Quien ha leído *Les célibataires* de un observador psicológico tan vigoroso y agudo como Henri de Montherlant habrá sacado conclusiones propias e indelebles. Algo parecido habrá ocurrido a quien se haya topado con Castillo Puche en su novela *Con la muerte a cuestas*. El «sponsus Ecclesiae» nunca debería dar en su vivir la imagen del solterón, sino la del enamorado. Y por eso mismo, equilibrado y alegre, dotado de sentido del humor, y con hondas raíces para abrirse a la amistad con savia generosa.

1. APERTURA A LA AMISTAD

Estos días pasados he leído unas páginas de Eugenio d'Ors que se titulan *Trilogía de la «residencia de Estudiantes»*. Pertenecen a unas conferencias que el humanista catalán impartió en un salón de la famosa «Residencia» en la Colina de los chopos¹. Palabras –las que yo cito– brotadas de afanes un tanto utópicos: convertir las jóvenes élites –poetas, músicos, pintores, escritores, universitarios– hacia un talante superior

1. Sobre la historia de esta institución cfr. Margarita SÁENZ DE LA CALZADA, *La Residencia de Estudiantes, 1910-36*, CSIC, Madrid 1986.

que los adentrarse en los espacios de la «aristocracia de la conducta». Las palabras suenan en primer lugar a desahogo: «Señores, amigos míos: las cosas tristes que voy a decir nacen de que, tras la experiencia de una década de juventud, tras una comparación personal y atenta entre las condiciones de la vida sentimental en algunos pueblos modernos, tras un acercamiento terco a las existencias individuales, este amigo que os habla ha tenido la visión cruel de que la más grande limitación de la gente hispana estriba en algo vergonzoso, en algo que es, por definición, un vicio de esclavo: *en la incapacidad específica para el ejercicio de la amistad*»².

Me temo, sin embargo, que este defecto –privación muy grave que incapacita para el don recíproco limpio, generoso y fraterno– no es tan sólo achacable a los hispanos. Más bien debe achacarse a todo ambiente donde la falta de formación no se reconoce ni se admite como punto de partida en espera del rocío benéfico y fecundo que desciende sobre las almas humildes.

Pero, si buscamos ante todo una visión de la amistad que nos proponga el sueño anhelado y evoque el tesoro que necesitamos identificar –con tanto esfuerzo como fuere preciso–, pocas plumas encontraremos tan experimentadas como la de San Agustín, cuando en las *Confesiones* describe en términos escuetos pero admirables la experiencia cautivadora: «Otras cosas había en mis amigos que me hacían íntimamente feliz. Conversar y reírnos juntos, prestarnos mutuamente atenciones amistosas, leer juntos libros amenos; bromear unos con otros y darnos pruebas de estima mutua; discutir, tal vez, sin apasionamiento, como lo hace uno consigo mismo, y con la misma rarísima disconformidad sazonar las muchísimas conformidades; enseñar o aprender algo uno de otro; echar de menos con pena a los ausentes; recibirlos a la vuelta con alegría.– Con estas y otras semejantes señales, que nacen del amor del corazón de los que mutuamente se aman, y que se manifiestan por el rostro, por la palabra, por los ojos y por otros mil gratísimos gestos, se fundían a su calor nuestras almas, y de muchas se hacía una sola»³.

Experiencia serena y bienaventurada, la de Basilio y Gregorio Nazianceno descrita con rasgos de autenticidad inequívoca: «Nos movía –resume Gregorio– un mismo deseo de saber, actitud que suele ocasionar profundas envidias, y, sin embargo, nosotros carecíamos de envidia;

2. Eugenio D'ORS, *Trilogía de la «Residencia de Estudiantes»*, ed. preparada por Alicia García Navarro y Ángel d'Ors, EUNSA, Pamplona 2000, 39-40.

3. *Confesiones*, VIII, 13.

teníamos en gran aprecio, sin embargo, la emulación. Contendíamos entre nosotros, no para ver quién era el primero, sino para averiguar quién cedía al otro la primacía; cada uno de nosotros consideraba la gloria del otro como propia. Parecía que teníamos una misma alma que sustentaba dos cuerpos. (...) Una sola tarea y afán había para ambos, y era la virtud, así como vivir para las esperanzas futuras ...»⁴.

Pero volvamos ahora al lamento de Xenius⁵. Lamento, que me parece necesario: porque transporta dolores que son caudal humano; y porque despierta y alerta ante murallas de egoísmos infranqueables: drama diario de tantos hombres, de tantos hombres cultos. También de sacerdotes y de futuros sacerdotes menesterosos de un clima respirable y translúcido de humanidad. Se desahogaba don Eugenio d'Ors: «¡Si ni siquiera alcanzamos a hacer, Dios mío, los gestos de la amistad!... Yo sé de uno de los nuestros que se marchó a Italia y trabó conocimiento allí con un profesor eminentísimo. Acaeció que el tal profesor se aficionase en seguida a la persona y a las dotes de nuestro compañero. También éste simpatizó pronto con el profesor y puede decirse que, a su manera, le quería. Era, además, el maestro hombre ya maduro y muy sabio, grandemente escuchado y bienquisto en su medio, socialmente poderoso, y de relación utilísima; y el nuestro, un estudiante, un muchacho. ¿Creeréis que, a pesar de todo, el nuestro no cesaba de turbar, de descorazonar al otro con sus reservas, con sus arideces, con la falta general de confianza?... Era que el nuestro no sabía hacer los gestos de la amistad. Introducido súbitamente en ella, encontrábase como adolescente tímido en aventura amorosa, o como rústico recibido cordialmente en un palacio»⁶.

¿Qué hacer? ¿Qué hacer ante semejante ceguera? ¡Recuperar la vista! ¡Conseguirla de una vez! Repasar las razones más profundas para hacer de nuestra vida un altar, y de nuestro corazón un holocausto de Amor y de nuestros ojos una ventana a la luz del alba que recién se estrena. Qué bella la traducción de Clara Janés de unas palabras del místico mallorquín Raimundo Lulio: «Cantaban los pájaros al alba, y despertóse el amigo que es el alba; y los pájaros acabaron su canto, y el amigo murió por el Amado en el alba». ¡Qué hermosa la amistad para vivirla y morirla! Y, ¡tanto más!, cuando resuenan como repostero de fondo, o –mejor– como principio y fundamento de la vida sacerdotal las palabras de Jesús:

4. San GREGORIO NACIANCENO, Sermón 43, *En alabanza de Basilio el Magno*, PG 36, 514-523.

5. Sabido es que éste era un pseudónimo usado por Eugenio d'Ors.

6. Eugenio D'ORS, *Trilogía...*, 42-43.

ya no os llamo siervos porque el siervo no sabe lo que hace su Señor. Yo os he llamado amigos porque todo lo que oí a mi Padre os lo he dado a conocer... Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos...

Pero ya decía al comenzar que quien ama el fin ama los medios: se hace camino al andar. Vayamos, por tanto, a consideraciones más técnicas no vaya a ser que por la vereda de los lamentos y de las evocaciones nos enamoremos del fin con olvido de los medios necesarios y de la formación imprescindible para llegar a término. Y tengo ante mis ojos no sólo a los sacerdotes proyectos, sino ante todo a los jóvenes que emprenden el camino, porque el objeto es de universal validez.

Es ante todo necesario prestar atención cuidadosa a la formación de la afectividad. De esto comenzamos ahora a hablar.

2. FORMACIÓN DE LA AFECTIVIDAD

La formación no puede limitarse a la mera fundamentación teológica que facilita la comprensión intelectual del celibato de los sagrados ministros. Ha de cultivar también las *motivaciones* que favorecen y perfeccionan la opción fundamental con una fuerza incomparablemente mayor que las mismas *razones* especulativas. Es aquí donde la tarea educadora exige a los formadores y a la misma institución seminarística una atención exquisita. Todos los consejos apuntan hacia la necesidad perentoria, de una personalización de la tarea educativa, en un clima comunitario de familia y de franca amistad, de libertad auténtica y de respeto, donde no caben las comparaciones entre unos y otros, valorando a unos e infravalorando a otros: comparaciones siempre odiosas que favorecen la necia envidia. A los formadores, ya se ha dicho, corresponde garantizar este clima de salud psicológica: «Téngase en cuenta la pluralidad de disposiciones en las que los seminaristas pueden hallarse en relación con la vocación, y también lo mudable de las actitudes juveniles. Respeten los directores a todos y a cada uno de sus alumnos; no establezcan escalas de mérito; no insinúen la idea de que el que cambia de rumbo es un traidor... Recuérdese que la confianza no se logra con autoridad, sino que se provoca y se obtiene mereciéndola...»⁷.

7. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *El celibato como valor positivo del amor*, n. 71. Y continúa: «El seminario debe ser una escuela de amistad; debe fomentar la fraternidad a nivel incluso humano; debe tener confianza en ella y no perturbarla con insinuaciones injustas o de mal gusto. Una verdadera educación para el celibato debe es-

Las motivaciones configuran el nivel de asimilación integradora del valor del celibato. Se trata de una verdadera iniciación al amor. Pero eso –insisto– no se hace sólo con razones, ni con el voluntarismo de quien decide fundamentar un proyecto de existencia con un acto puramente elícito y desencarnado. Al contrario, debe considerarse mucho la importancia de la «hora psicológica», es decir, de la madurez vital, de la hondura consciente de quien realiza la opción celibataria: «La persuasión –como dice Cruchon– de que la hora psicológica de la elección de vida no se debe solamente a una opción del espíritu y de la voluntad, sino a cambios biológicos y a determinantes sociológicos y culturales, no es, en definitiva, sino una visión menos idealista o fenomenológica, pero más “antropológica” del hombre. El hombre no puede prescindir de su cuerpo y de su medio ambiente; no puede actuar por decreto sin tener en cuenta su pasado y su naturaleza; no puede pretender seguir únicamente su ideal, o, dicho de una manera más prosaica, “su idea”. Esto sería tanto más peligroso cuanto que existe un idealismo juvenil por el que algunos adolescentes se creen dispensados de tener en cuenta sus verdaderas posibilidades y sentarse, como dice el Evangelio, a calcular si son capaces de construir la torre que proyectan»⁸.

Pocas cosas exigen en el formador tan maduro equilibrio como la tarea de iniciar a los futuros sacerdotes en la aventura transfigurante de toda la afectividad, que es el celibato vivido auténticamente. Será preciso no sofocar, sino sublimar el romanticismo juvenil; no reprimir, sino dilatar el ímpetu de la afectividad; no ocultar, sino revelar horizontes con sus valores incomparables y con sus exigencias de renuncia. Enseñar a «tener corazón» superando el egoísmo. El formador ha de estar por encima de todo escándalo. Se precisa un gran sentido común para corregir las desviaciones naturales –inseparables de todo proceso normal⁹–, para

tar enraizada profundamente en la fraternidad. Una vida de comunidad fraternal, armónica, laboriosa, llena de calor humano y sobrenatural, difunde entre sus miembros un sentido de distensión, de equilibrio y de satisfacción, que sirve como de vacuna contra el intento de buscar compensaciones afectivas fuera de ella y hacen más difícil lamentar la renuncia hecha con la elección del celibato». *Ibidem*.

8. G. CRUCHON, *Celibato y madurez. La hora de la elección*, en J. COPPENS, *Sacerdocio y celibato, c.*, 481.

9. «La crisis afectiva va a desarrollarse con el narcisismo, que se presenta primero con un carácter más sensual y solitario y se transforma después, o se completa, en amistades de tipo homoerótico, en las que se hace una trasferecia de la imagen ideal de sí mismo a compañeros mayores o más jóvenes, según que las frustraciones o afectos de la infancia hayan hecho desear un tipo de ternura más masculina o más femenina. A veces falta tiempo para salir de esta languidez, sobre todo si el individuo vive en un ambiente

valorar las experiencias del pasado a la luz de la normativa de la Iglesia, del buen criterio de otros formadores y del párroco; a la luz también de los antecedentes familiares. No puede omitirse aquí una referencia a la atención que debe prestarse al indispensable equilibrio psicológico de los candidatos al sacerdocio. En este punto, la bondadosidad de los encargados de discernir la idoneidad de los candidatos a Órdenes –idoneidad que ha de demostrarse con argumentos positivos– resulta siempre perniciosa¹⁰. «Los errores de discernimiento de las vocaciones no son raros, y demasiadas ineptitudes psíquicas, más o menos patológicas, resultan patentes solamente después de la ordenación sacerdotal. Discernirlas a tiempo permitirá evitar muchos dramas»¹¹.

La sublimación auténtica de toda la esfera sexual es efecto de la Gracia de Dios en primer lugar; pero requiere también una educación psicológica en la cual la colaboración del sujeto es enteramente insustituible. Importa mucho una orientación positiva¹², una instrucción sexual

cerrado, sin ocasión de frecuentar la compañía de jóvenes de otro sexo en la familia o en el colegio. (...) La vida en un ambiente cerrado, a esta edad, plantea problemas de fijaciones autoeróticas u homoeróticas, que, por varios motivos, son más anormales». G. CRUCHON, *ibidem*, 491-492. Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *c.*, nn. 61 y 63. En cuanto a la formación del carácter dice sabiamente Mons. A. del Portillo: «...cuando se habla de virtudes humanas como parte de la formación sacerdotal, se requiere recordar que el sacerdote, por ser hombre, debe ser varón y varonil en su carácter, en sus reacciones y en su conducta: en su vida entera». A. DEL PORTILLO, *Escritos sobre el Sacerdocio, c.*, 25.

10. Cfr. a este propósito el estudio merecidamente clásico de Dom Matthaeus QUATEMBER, *De vocatione sacerdotali animadversiones*, Torino 1950.

11. *Ibidem*, n. 38. Y añade poco después refiriéndose a casos singulares:

«...será oportuno, e incluso a veces necesario, recurrir a remedios específicos:

el examen psicológico del aspirante antes de entrar en el curso teológico; el consejo del especialista, incluso de carácter psicoterapéutico y la interrupción de los estudios eclesiásticos para adquirir la experiencia de un trabajo profesional». También había advertido sobre esto mismo, en un artículo publicado en 1955, Mons. Alvaro DEL PORTILLO: «Por eso –decía– es de recomendar, al servicio de una imprescindible selección previa, la consideración de la biotipología de los candidatos, dando la importancia que merece al estudio de los antecedentes familiares o personales que, de una forma u otra, sean indicadores de psicosis o sencillamente de personalidades psicopáticas, que, aunque a veces no aparezcan a simple vista, más tarde podrían salir de su latencia para exteriorizarse con rebeldía irreductible a toda formación que no fuese la sencillamente psiquiátrica, lo que lógicamente está al margen de la misión del seminario». A. DEL PORTILLO, *Escritos sobre el sacerdocio*, 36.

12. A. Boschi –citando a D. TOMMASSINI, *Itinerario al sacerdocio*, Milano 1950, 264-265– hace notar el peligro de que «fissando eccessivamente l'attenzione dei giovani sulla castità, si deforma la loro coscienza delicata col renderla ipersensibile, piena di paure e di ansie, invece di formarla a un dominio sereno di sè e del senso. Vorremmo dire a questo riguardo, che la battaglia della castità deve essere combattuta dai giovani spensierata-

hecha de afirmaciones alegres y generosas, la cual –como dice la *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis*– «consiste más en la formación de un amor casto a los demás que en la preocupación, a veces muy penosa, por evitar los pecados; debe formarlos para las futuras relaciones de su ministerio. Por eso, poco a poco, y con un sano discernimiento espiritual, se les debe invitar e inducir a experimentar y a manifestar, en los grupos y en las diversas funciones de apostolado y de cooperación social, un amor sincero, humano, fraternal, personal y sacrificado según el modelo de Cristo, hacia todos y cada uno, pero especialmente hacia los pobres, los afligidos, los compañeros de su edad; así podrán evitar la soledad de corazón»¹³.

No es posible en el corto espacio de estas páginas entrar a un análisis extenso de la pedagogía que debe adoptarse a fin de favorecer el clima óptimo para una opción tan delicada como la del celibato, en la que el formador nunca debe sustituir lo más mínimo la iniciativa del aspirante a Órdenes. Baste decir que, habida cuenta de la personalísima psicología de cada uno de ellos, la educación y el cultivo de esas motivaciones sólo puede hacerse en un clima de franca amistad entre el formador y el seminarista y que limitarse a los solos medios de formación colectiva o comunitaria puede resultar sencillamente inservible. «Los jóvenes sienten la necesidad de un amigo en el que puedan confiar y a quien puedan creer. Sin la ayuda de un director amigo y prudente, se multiplicarán y complicarán los estados de angustia, de desaliento y las caídas. A su vez, el educador-amigo no podrá hacer de guía si no conoce íntimamente al educando; esto comporta que el educando se confíe sinceramente. Pero esta recíproca relación sólo es posible si el educador es capaz de poner toda su persona a la escucha, esperando confiadamente la hora de la buena voluntad y de la gracia»¹⁴.

Habría aquí que hacer hincapié en el influjo ejercido por el modelo de vida que se presenta a los seminaristas. Las «Orientaciones» de la Congregación para la Educación Católica –y ya antes lo había hecho

mente e disinvoltamente, senza affanni ed eccessive preoccupazioni che dicono, più o meno, mancanza di equilibrio e di normalità». Cfr. A. BOSCHI, 8.

13. *Ratio fundamentalis Institutionis sacerdotalis*, Roma 1970, n. 48

14. *Ibidem*, n. 43. Y continúa: «Respetando la libertad que se debe dejar en el campo de la dirección espiritual, el educador deberá convencer y exhortar a los jóvenes a tener un director espiritual al cual se confíen con toda sinceridad y confianza, pero, sobre todo, deberá procurar perfeccionarse a sí mismo de modo que merezca y conquiste su estimación y confianza. Cuando el educador haya creado una atmósfera de recíproca confianza, podrá desarrollar una obra de iluminación personal discreta y progresiva, la cual es también una parte importante para la educación de la castidad...». *Ibidem*.

el Concilio— señalan la importancia del testimonio de vida que se debe exigir a los formadores: testimonio no sólo de conducta intachable y honesta, sino sobre todo de madurez, de alegría, de atractiva humanidad, característica inconfundible de una personalidad integrada, cálida y rica de experiencia.

A nivel ascético hay que valorar la importancia de los medios. La virtud debe ser aprendida. Debe por tanto ser enseñada. A lo largo de los siglos los hombres de Dios han practicado el camino de la prudencia, que, en el caso concreto del celibato, se ha plasmado en normas y comportamientos superadores de una falsa ingenuidad. Virtudes como el pudor, la sobriedad en el comer y en el beber, la modestia en el hablar y en el vestir, el orden en la propia vivienda, el cuidado de la ejemplaridad en el comportamiento, la gravedad sacerdotal no pueden ser echadas al olvido. Puede decirse que estas virtudes son hermanas pequeñas de la castidad y su descuido contribuye a reducir a simple condición de soltería aquello que se había proyectado como aventura de Amor. Por eso, no sólo en el Seminario sino también en los primeros años de vida pastoral, los jóvenes sacerdotes —por no decir todos los sacerdotes durante toda la vida— tienen derecho al beneficio de la corrección fraterna que resulta siempre una ayuda incomparable para la perseverancia.

3. INICIACIÓN EN LA CARACTERÍSTICA RELACIONALIDAD MINISTERIAL

Una formación completa debería favorecer la inserción gradual del candidato al sacerdocio en la vida real que va a ser el contexto de su existencia. El celibato sacerdotal por sí mismo no es un «estado de perfección». Baste pensar que el futuro sacerdote disfruta de ese carisma antes de su ordenación y que podría renunciar a la recepción del sacerdocio sin renunciar por ello a seguir siendo fiel al carisma del celibato. Por otro lado también es cierto que la opción celibataria no exige en concreto un género de vida preciso (de hecho esa opción puede llevarse a cabo por muchos caminos e, incluso, permanecer siempre en el ámbito de las decisiones privadas), aunque como es lógico exige algunas renunciaciones visibles —renunciaciones análogas o equivalentes a las que puede exigir cualquier otra opción profunda de rango existencial—. Eso sí: el sacerdote vivirá en medio del mundo sin ser del mundo. Tendrá que defenderse a sí mismo; tener pleno control de su propia nave. Y esto debe ser tenido en cuenta en cualquier proyecto de formación que pretenda ser coherente.

No se trata en modo alguno –ya se comprende– de establecer probaturas exponiendo a una cruda intemperie a los futuros sacerdotes. Pero igualmente constituiría una seria imprudencia concebir los años de formación para el ministerio como un período de separación superprotegida en que de hecho se practicara la «fuga saeculi»¹⁵. La colaboración en la vida pastoral de la diócesis, el contacto con las catequesis, movimientos, y otras actividades parroquiales son, también a este respecto, una experiencia insustituible. «Las vacaciones son también una buena coyuntura para que, tanto el seminarista como sus formadores, comprueben la solidez de sus criterios, la progresiva maduración afectiva, el enraizamiento en los valores y en los hábitos cristianos, y la firmeza de sus convicciones e inclinaciones vocacionales en medio de un mundo que frecuentemente no valora y a veces hasta desprecia el seguimiento peculiar de Cristo que es propio del sacerdocio ministerial»¹⁶.

El celibato –ya se ha dicho anteriormente– se asume mediante una opción que exige la reestructuración de toda la vida afectiva. Y, siendo ello así, se comprende que la opción celibataria exige la remodelación de una de las dimensiones esenciales de la existencia: la dimensión social, que se realiza en toda vida humana mediante la compleja red de relaciones con el «Otro» y con los otros. La esfera de lo relacional cobra por tanto una importancia suma dentro del proyecto educativo de los candidatos al sacerdocio. En primer lugar la relación con el «Otro», es decir, con Dios. No hace falta insistir en el significado sobrenatural del celibato «propter Regnum Caelorum». Precisamente por eso se exige el despliegue de la capacidad contemplativa para que pueda lograrse una sublimación auténtica de la afectividad. Aquí ya no se trata de mantenerse en el terreno de las solas motivaciones. Se trata sobre todo de una experiencia interior rica y satisfactoria, no meramente especulativa sino sembrada de afectos, que se cultivan y fortalecen mediante el ejercicio contemplativo. Ninguna realidad puede ser definida por pura exclusión

15. «...las justas y sanas relaciones con la mujer no se improvisan, sino que se entablan a través de una larga y delicada educación. Así pues, es tarea de los seminarios preparar a los alumnos para tratar personalmente con la mujer, es decir, ayudarlos no sólo a adquirir el autodomínio sobre las propias relaciones afectivas en presencia de la mujer, sino también a hacerlos conocer lo que ella representa en el orden del espíritu. Esta preparación es necesaria al seminarista incluso para ahondar en su sentido humano y en el trato delicado que debe distinguir toda relación pastoral». CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *c.*, n. 60 ad finem.

16. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La formación para el ministerio presbiteral. Plan de formación sacerdotal para los Seminarios Mayores*, n. 216. Cfr. et., sobre la insoslayable función de los medios de comunicación, *Ibidem*, n. 89.

de las notas y propiedades que no le convienen. El celibato no puede ser entendido en su pura exigencia de renuncia. El celibato es sobre todo una sublimación, fruto de la gracia correspondida. De ese amor superior se debe tener verdadera experiencia humana.

El formador ha de estar aquí especialmente atento. La sublimación inauténtica es más frecuente de lo que pudiera pensarse. Ciertas «actitudes modélicas» con ribetes de celo amargo, ciertas inflexibilidades o tendencias rigoristas, ciertos apegos a devociones sensibles o admiraciones desmedidas al director espiritual, al formador o al confesor revelan con frecuencia una sublimación inauténtica de la afectividad. La misericordia, la amistad natural y humilde, el espíritu sencillez de oración y de piedad unido a la práctica del sacrificio sin espectáculo, suelen ser un sello inconfundible de la sublimación afectiva bien enfocada¹⁷.

Pero la relacionabilidad exige una inserción auténticamente humana en la red vital de las existencias que se entrecruzan. Y aquí surge la necesidad de una educación para el amor. La amistad —y no me refiero aquí a sucedáneos inadmisibles¹⁸— es un valor en cierto modo supremo.

17. «Hay —y aquí el freudismo recobra sus derechos— bastantes estados llamados “espirituales” que apenas son otra cosa que trasposiciones sexuales. Son más frecuentes las falsas sublimaciones que las verdaderas. Aquí los impulsos cambian de color y etiqueta, pero no de naturaleza y de nivel, y lo que se llama ideal no es más que la coartada y el disfraz de un instinto que, a pesar de ser rechazado y desviado, conserva todas sus exigencias y busca, por otros caminos, una satisfacción disimulada y bastarda. (...) El santo no busca ninguna compensación imaginaria a la extinción de sus apetitos naturales: en el silencio y la oscuridad de la fe espera la compensación sobrenatural. (...) El santo, puesto que está perfectamente libre de la carne y del pecado, se inclina con más compasión que nadie sobre esta carne y este pecado, rotas las cadenas que a ellos le ataban». G. THIBON, *La crisis moderna del amor*, Barcelona 1976, 84, 88-89, 91. Cfr. et. K. WOJTYLA, *Amor y responsabilidad*, c., 157 ss.

18. Cfr. J. MARTÍN ABAD, *Celibato consagrado*, en COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO, *Espiritualidad sacerdotal. Congreso*, Madrid 1989, 392-397.— Luong van Tri —que ha hecho la tesis en Teología sobre el significado del celibato sacerdotal (cfr. E. DE LA LAMA-L. MATEO-SECO, *Boletín sobre espiritualidad sacerdotal. Tesis doctorales en torno a la vocación sacerdotal y a su espiritualidad*, «Scripta Theologica» XXXI (1999/3) 957-979), se refiere repetidamente a los sacerdotes infradesarrollados, que ponen de manifiesto su apocamiento psicológico y su pusilanimidad en la vida de relación. Dicho con otras palabras, los sacerdotes inmaduros. «El celibato —dice—, puesto que es camino de amor, confiere un alto valor a esas sanas relaciones que caracterizan a la persona humana madura» (p. 85). Señala con perspicacia algunas notas de la madurez: «1) Aceptación de sí mismo con sentido del humor y humildad; 2) mantenerse cuando el interés comienza a decaer; 3) relaciones cálidas con otras personas; 4) percepción realística del mundo; 5) una filosofía de la vida, integradora». Anota también algunos puntos que delatan inmadurez: «1) Falta de facilidad para tratar a la gente; 2) ausencia de relaciones cordiales; 3) formas adolescentes de vestir y de entretenerse; 4) modo inapropiado de expresar emociones;

Supremo –sin más distingos– cuando se trata de la amistad con Cristo. Supremo «secundum quid» cuando se trata de la amistad con los otros, en cuanto que la amistad es seguramente la expresión más natural y perfecta de la «caritas pastoralis».

Pero la vida del Seminario por sí sola –con ser importante– no puede considerarse suficiente. Hay que facilitar la inserción progresiva del futuro sacerdote en la realidad rica y plural del presbiterio diocesano. La «ratio studiorum» de la Conferencia Episcopal Española establece oportunamente a este respecto una graduación progresiva de las responsabilidades que se confían a los futuros sacerdotes: esta gradual responsabilidad les permite administrar su propia libertad e irse preparando «para incorporarse un día, por la fraternidad sacramental, a la comunidad más amplia del presbiterio diocesano y para ser ellos mismos constructores de comunidad»¹⁹. No se puede olvidar el papel tan importante que a este respecto corresponderá siempre al obispo diocesano como ministro y servidor de la comunión eclesial afectiva y efectiva. Comunión con la Iglesia universal; comunión también en la intimidad de un presbiterio, multiforme en sus varios carismas, pero fraterno y acogedor. Desde ahí es fácil la amistad sacerdotal franca y profunda y la solicitud generosa y alegre que se traduce en un servicio perseverante al Pueblo de Dios y a cada uno de sus miembros.

Como ha escrito Thibon, «depende de nosotros el que encontremos el espíritu en la carne y la eternidad en el tiempo. A alguien que se lamentaba de estar obsesionado por las cosas temporales, Santa Catalina de Siena le respondía: “Nosotros somos quienes las hacemos temporales, ya que todo procede de la bondad divina”. Cuando Dante pide a Beatriz que lo guíe por el cielo: “Enséñame cómo se eterniza al hombre”, plantea el problema de la sublimación en su forma más absoluta. La solución está en el misterio de la Encarnación»²⁰.

5) pertinacia infantil en aferrarse a la propia opinión; 6) actitudes exigentes; 7) tendencia a inculpar a los demás; 8) criticismo crónico; 9) tosquedad para comunicarse; 10) excesiva necesidad de atraer la atención y la simpatía; 11) incapacidad para aceptar las opiniones diferentes; 12) excesivo apego a títulos y oficios; 13) constante comparación de sí mismo con los demás; 14) desgana a la hora de ayudar a los demás; 15) tendencia a tener envidias; 16) dificultad para distinguir entre la persona y la opinión; 17) temor al sexo opuesto; 18) temor a los superiores; 19) sentirse amenazado cuando otros son alabados o cuando aciertan en su modo de hacer» (Luong van Tri, 85-86, nota).

19. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Plan de formación sacerdotal para los Seminarios Mayores*, 153.

20. G. THIBON, 98.